

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Ció, Arq. Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquín de Marcos.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta†,  
Mons. José Rovai (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez  
Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña  
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

<i>Editorial</i>	<b>3</b>	<b>Padre Nuestro que estás en los cielos</b>
<i>Jean Robert Armogathe</i>	<b>7</b>	<b>Nuestro Padre que está en los cielos</b>
<i>Jan Heiner Tück</i>	<b>15</b>	<b>Sin el hijo el Padre no sería Padre</b>
<i>Patricio Moore</i>	<b>29</b>	<b>La paternidad de Dios desde la espiritualidad de Schoenstatt</b>
<i>Luisa Zorraquín de Marcos</i>	<b>42</b>	<b>¿Podemos llamar “PADRE” a Dios?</b>
<i>Charles Péguy</i>	<b>64</b>	<b>El Padre Nuestro</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>69</b>	<b>Temas centrales en la cristología contemporánea</b>
<i>Lucio Florio</i>	<b>78</b>	<b>La cuestión ecológica al centro de la doctrina social de la Iglesia</b>

# EL PADRE NUESTRO

*según Charles Péguy*

Yo soy su padre, dice Dios. *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

Mi hijo ya les ha dicho suficientes veces que yo soy su padre.

Yo soy su juez. Mi hijo se lo ha dicho. Soy también su padre.

Soy sobre todo su padre.

En fin, soy su padre. El que es padre es sobre todo padre.

*Padre nuestro que estás en los cielos.* El que ha sido padre una vez no puede ser ya más que padre.

Ellos son los hermanos de mi hijo; ellos son mis hijos; yo soy su padre.

*Padre nuestro que estás en los cielos,* mi hijo les ha enseñado esta oración. *Sic ergo vos orabit. Rezareis, pues así.*

*Padre nuestro que estás en los cielos,* mi hijo supo bien lo que hacía aquel día; él, que les amaba tanto.

Que vivió entre ellos, que era uno como ellos.

Y que les quiere tanto, al haberles conocido.

Que ha traído al cielo cierto sabor a hombre, cierto sabor a tierra.

Mi hijo, que tanto les amó, que les ama eternamente en el cielo.

Mi hijo supo bien lo que hacía aquel día; él, que tanto les ama.

Cuando puso esa barrera entre ellos y yo, *Padre nuestro que estás en los cielos,* esas tres o cuatro palabras.

Esa barrera que mi cólera y quizá mi justicia no atravesará jamás.

Dichoso aquel que se duerme bajo la protección de la avanzada de estas tres o cuatro palabras.

Esas palabras que van delante de cada oración como las manos del que suplica van por delante de su cara, como las dos manos juntas del que suplica avanzan delante de su cara y de las lágrimas de su cara.

Esas tres o cuatro palabras que me vencen; a mí, el invencible. Y que ellos hacen ir delante de su desamparo como dos manos unidas, invencibles.

Esas tres o cuatro palabras que avanzan como un bello espolón ante un pobre navío. Y que agrietan la oleada de mi cólera.

Y cuando el espolón ha pasado pasa el navío y toda la flota detrás.

Actualmente, dice Dios, así es como los veo;

Y por toda mi eternidad, eternamente, dice Dios.

Por esta invención de mi hijo, eternamente debo verlos así.

(Y encima tengo que juzgarlos. Cómo queréis que los juzgue ahora.

Después de eso.)

Padre nuestro que estás en los cielos, mi hijo lo supo hacer muy bien.

Para atar los brazos de mi justicia y desatar los brazos de mi misericordia.

(No hablo de mi cólera, que no ha sido nunca más que mi justicia.

Y algunas veces mi caridad.)

Y ahora tengo que juzgarles como un padre. ¡Total, para lo que un padre puede juzgar! *Un hombre tenía dos hijos.*

¡Para lo que es capaz de juzgar! *Un hombre tenía dos hijos.* Ya se sabe cómo juzga un padre. Hay un ejemplo conocido.

Ya se sabe cómo juzgó el padre al hijo que se había ido y volvió.

Y todavía era el padre el que más lloraba.

Eso lo que mi hijo les ha contado. Mi hijo les ha confesado, incluso, el secreto del juicio.

Y ahora ése es el aspecto que tienen para mí; así es como yo lo veo;

Así es como estoy obligado a verlos.

Del mismo modo que la estela de un hermoso navío se va ensanchando hasta desaparecer y perderse.

Pero empieza por una punta, que es la punta del navío.

Así la estela enorme de los pecadores se ensancha hasta desaparecer y perderse

Pero empieza por una punta, y esa punta es la que viene hacia mí,

La que está girada hacia mí.

Empieza por una punta, que es la punta del navío.

Y el navío es mi propio hijo, cargado con todos los pecados del mundo.

Y la punta del navío son las dos manos unidas de mi hijo.

Y ante la mirada de mi cólera y ante la mirada de mi justicia

Se han escondido todos detrás de él.

Y todo ese inmenso cortejo de las oraciones, toda esa estela inmensa se ensancha hasta desaparecer y perderse.

Peor empieza por una punta y esa punta es la que está girada hacia mí.

## Charles Péguy

La que avanza hacia mí.

Y esa punta son esas tres o cuatro palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos*; en verdad, mi hijo sabía lo que hacía.

Y toda oración sube hacia mí escondida tras esas tres o cuatro palabras.

Y hay una punta de la punta. Es esa misma oración, peor ya no sólo en su texto. Sino en el momento de su invención. Esa primera vez que fue pronunciada realmente en el tiempo.

Esa primera vez que la pronunció mi hijo.

Ya no sólo en su texto, ahora que se ha convertido en un texto.

Sino en su invención y en su fuente y cuando se forjó.

Cuando fue sólo un nacimiento de oración, una encarnación y un nacimiento de oración. Una esperanza. Un nacimiento de esperanza.

Una palabra naciente.

Un ramo y un germen y un brote y una hoja y una flor y un fruto de palabra.

Una simiente, un nacimiento de oración,

Un verbo entre los verbos.

Esa primera vez que salió carnalmente, temporalmente de los labios de hombre de mi hijo.

Y en la punta de la punta, en esa primera punta había ya una punta.

Y eran esas tres o cuatro palabras, *Padre nuestro que estás en los cielos*, ya no sólo como un texto, ya no sólo en su texto.

Sino en su fuente.

En su invención y en su brote.

La primera vez que mi hijo las pronunció en lo alto de aquella montaña.

Las pronunció, las hizo salir de sus labios de hombre.

La primera vez que salieron realmente, temporalmente, carnalmente,

De aquellos labios de ternura.

Y él estaba de pie sobre aquella montaña que será famosa por los siglos de los siglos.

Sobre aquella montaña de la tierra de los hombres, por encima de aquel valle que se extendía hacia abajo.

*Padre nuestro que estás en los cielos*, él se lo inventó.

El estaba con ellos, era como ellos, era uno de ellos.

*Padre nuestro*. Como un hombre que se echa una gran capa sobre los hombros.

Vuelto hacia mí iba vestido,

Llevaba echada sobre los hombros

La capa de los pecados del mundo.

*Padre nuestro que estás en los cielos*. Y ahora detrás de él el pecador se esconde

de mi cara. Y así es como lo veo yo, así es como estoy obligado a verlos. Así es como yo me imagino ese cortejo.

Todo sale de un punto, que está vuelto hacia mí, de la extrema punta de una punta. Y ese punto de punta son esas tres o cuatro palabras como fueron inventadas, como fueron introducidas en la creación del mundo. Como fueron pronunciadas por primera vez por mi propio hijo. *Padre nuestro que estás en los cielos.*

Y detrás de ese punto avanza la punta, es decir, la oración entera.

Tal y como fue pronunciada aquella primera vez

Y detrás se ensancha hasta desaparecer y perderse

La estela de las innumerables oraciones

Como son pronunciadas en su texto durante días innumerables

Por hombre innumerables,

(Por los simples hombres, sus hermanos.)

Oraciones de la mañana, oraciones de la tarde;

(Oraciones pronunciadas todas las demás veces);

Tantas otras veces durante innumerables días;

Oraciones de medio día y de toda la jornada;

Oraciones de los monjes para todas las horas del día,

Y para las horas de la noche;

Oraciones de los laicos y oraciones de los clérigos

Como fueron pronunciadas innumerables veces

Durante innumerables días.

(El hablaba como ellos, hablaba con ellos, hablaba uno de ellos.)

Toda esa inmensa flota de oraciones y penitencias me ataca con el espolón que conocéis,

Avanza hacia mí con el espolón que conocéis.

Es una flota de carga, *classis oneraria*.

Y es una flota de línea,

Una flota de combate.

Como una hermosa flota antigua, como una flota de trirremes

Que avanzaste al taque del rey.

Y qué queréis que haga yo: soy atacado.

Y en esa flota, en esa innumerable flota

Cada *Pater* es como un gran navío

Que tiene su propio espolón, *Padre nuestro que estás en los cielos*

Vuelto hacia mí, y que avanza detrás de ese espolón propio.

*Padre nuestro que estás en los cielos*, no es difícil. Evidentemente, cuando un hombre ha dicho eso, puede esconderse detrás.

Cuando ha pronunciado esas tres o cuatro palabras.

Y tras esos imponentes navíos, las *Ave María*.

Avanzan como galeras inocentes, como birremes virginales

Como barcos planos, que no hieren la humildad del mar.

Que no hieren la norma, que siguen, humildes y fieles y

sumisos a ras del agua

*Padre nuestro que estás en los cielos*. Evidentemente, cuando un hombre ha empezado así.

Cuando me ha dicho esas tres o cuatro palabras.

Cuando ha empezado por mandar por delante esas tres o cuatro palabras.

Después puede seguir, puede decirme lo que quiera.

Entendéis, yo estoy desarmado.

Y mi hijo lo sabía muy bien.

El, que tanto amó a esos hombres.

Que se aficionó a ellos, y a la tierra, y a todo lo que se deriva de ellos.

Y en esa flota innumerable yo distingo claramente tres grandes flotas innumera-  
bles.

(Yo soy Dios, veo claro.)

Y esto es lo que veo en esa inmensa estela que empieza por esa punta y que cada vez más, poco a poco, se pierde en el horizonte de mi mirada.

Están todos unos detrás de otro, incluso los que desbordan la estela

Hacia la mano izquierda y hacia la mano derecha.

A la cabeza va la flota innumerable de los *Pater*

Esquivando y retando la oleada de mi cólera.

Sentados poderosamente en sus tres filas de remos.

(Así es como me atacan. Yo os pregunto: ¿eso es justo?)

(No, no es justo, pues todo esto es del reino de mi Misericordia)

Y todos esos pecadores y todos esos santos juntos van detrás de mi hijo

Y detrás de las manos unidas de mi hijo.

Y ellos mismos tienen las manos unidas como si fuesen mi hijo.

En fin, son mis hijos. En fin, cada uno un hijo como mi hijo.

A la cabeza va la pesada flota de los *Pater* y es una flota innumerable.

En esa formación es como me atacan. Creo que me habéis comprendido.

Charles Péguy, *El misterio de los santos inocentes*,  
Madrid, Encuentro 1993, 28-34.